

## Los Cristales

### Italo Calvino

Si las sustancias en estado incandescente que constituían el globo terrestre hubieran dispuesto de tiempo suficiente para enfriarse y de suficiente libertad de movimiento, cada una de ellas se habría separado de las otras en un único, enorme cristal.

Podría haber sido distinto, ya lo sé -comentó Qfwfq-, que me lo digan a mí: creí tanto en aquel mundo de cristal que debía aparecer, que ya no me resigno a vivir en éste, amorfo y desmenuzado y gomoso, que nos ha tocado. Yo también corro como hacemos todos, subo al tren todas las mañanas (vivo en New Jersey) para embutirme en el aglomerado de prismas que veo emerger del otro lado del Hudson, con sus cúspides agudas; me paso los días allí dentro, subiendo y bajando por los ejes horizontales y verticales que atraviesan ese compacto sólido, o recorriendo los trayectos obligados que rozan sus lados y sus aristas. Pero no caigo en la trampa: sé que me hacen correr entre lisas paredes transparentes y entre ángulos simétricos para que crea que estoy dentro de un cristal, para que les reconozca una forma regular, un eje de rotación, una constancia en los diedros, cuando no existe nada de todo eso. Lo que existe es lo contrario: el vidrio, son sólidos de vidrio los que flanquean las calles, no de cristal, una pasta de moléculas en desorden que ha invadido y consolidado el mundo, una capa de lava enfriada de improviso, endurecida en formas impuestas desde fuera, mientras que dentro está el magma igual que en la época de la Tierra incandescente.

Claro que no echo de menos aquellos tiempos: si sabiéndome descontento de las cosas tal como son, esperáis que recuerde con nostalgia el pasado, os equivocáis. La Tierra sin corteza era horrible, un eterno invierno incandescente, un pantano mineral con negras simas de hierro y níquel que se escurrían de cada grieta hacia el centro del globo, y chorros de mercurio brotando en altísimos surtidores. Nos abrimos paso en una calígine bullente, Vug y yo, y nunca conseguíamos tocar un punto sólido. La barrera de rocas líquidas que enfrentábamos se avaporaba de golpe delante de nosotros, se deshacía en una nube ácida; en cuanto nos abalanzábamos para superarla, sentíamos que se condensaba y nos embestía como una tormenta de lluvia metálica que hinchaba las densas olas de un océano de aluminio. La sustancia de las cosas cambiaba en torno a nosotros de un minuto a otro, o sea que los átomos pasaban de un estado de desorden a otro estado de desorden y después a otro; es decir, que en la práctica todo seguía siempre igual. El único cambio verdadero habría sido que los átomos se dispusieran en un orden cualquiera: eso era lo que Vug y yo buscábamos moviéndonos en la mezcla de los elementos sin puntos de referencia, sin un antes y un después.

Ahora la situación ha cambiado, lo admito: tengo un reloj de pulsera, confronto el ángulo de sus agujas con el de todas las agujas que veo;

tengo una agenda donde se indica el horario de mis obligaciones de trabajo; tengo una libreta de cheques en cuyo talonario sumo y resto números. En Penn Station bajo del tren, cojo el subway, me quedo de pie tomándome con una mano de la agarradera y sosteniendo con la otra en alto el diario doblado en el que recorro las cifras de las cotizaciones en bolsa: en una palabra, estoy en el juego, el juego de fingir un orden en ese polvillo, una regularidad en el sistema, o una compenetración de sistemas diferentes pero mensurables a pesar de ser incongruentes, que permite ensamblar en cada granulosidad el desorden de la faceta de un orden que en seguida se desmenuza.

Antes era peor, es cierto. El mundo era una solución de sustancias donde todo estaba disuelto en todo y que a su vez todo lo disolvía. Vug y yo seguíamos perdiéndonos en aquello, perdiéndonos de tan perdidos como estábamos, de tan perdidos como siempre habíamos estado, sin idea de lo que podíamos encontrar (o de lo que podía encontrarnos) para dejar de estar perdidos.

De pronto nos dimos cuenta. Vug dijo: "¡Allí!"

Señalaba en medio de una coladura de lava algo que iba tomando forma. Era un sólido de caras regulares y lisas y de ángulos cortantes; y esas caras y esos ángulos se iban agrandando lentamente como a expensas de la materia en torno, e incluso la forma del sólido cambiaba, pero manteniendo siempre proporciones simétricas... Y no sólo era la forma la que se distinguía de todo el resto, sino también el modo en que la luz penetraba, atravesándola y refractándola. Vug dijo: "¡Brillan! Son muchos!"

Es verdad, no era uno solo. En la extensión incandescente donde en un tiempo sólo afloraban efímeras burbujas de gas expulsadas por las vísceras terrestres, ahora subían a la superficie cubos, octaedros, prismas, figuras diáfanas que parecían casi aéreas, vacías por dentro y que en cambio, como se vio en seguida, concentraban en sí mismas una increíble compacidad y dureza. El centello de esa angulosa floración invadía la Tierra y Vug dijo: "¡Es primavera!". Yo la besé.

Ya habéis comprendido: si amo el orden, no es como en tantos otros una señal de un carácter sometido a una disciplina interior, a una represión de los instintos. En mí la idea de un mundo absolutamente regular, simétrico, metódico, se asocia a ese primer ímpetu y exuberancia de la naturaleza, a la tensión amorosa, a eso que llamáis el eros cuando todas sus otras imágenes, las que según vosotros asocian la pasión al desorden, el amor al desbordamiento inmoderado -río fuego torbellino volcán-, para mí son los recuerdos de la nada y la inapetencia y el hastío.

Era un error mío, no necesité mucho para entenderlo. Estamos en el punto de llegada: Vug se ha perdido; del eros de diamante no queda más que el polvo; el presunto cristal que me aprisiona es ahora vulgar vidrio. sigo las flechas en el asfalto, me pongo en fila junto al semáforo y vuelvo a arrancar (hoy he venido a Nueva York en coche) cuando aparece el verde (como todos los miércoles, porque acompaño) engranando la primera (a Dorothy a su psicoanalista), trato de mantener una velocidad constante que me permita pasar siempre con luz verde a la Second Avenue. Esto que llamáis orden es un deshilachado remiendo de la disgregación: encuentro un lugar donde aparcar pero dentro de dos horas tendré que bajar para meter otra moneda en el parquímetro; si lo olvido se llevarán el coche con una

grúa.

En aquellos tiempos soñaba con un mundo de cristal: no lo soñé, lo vi, una indestructible gélida primavera de cuarzo. Unos poliedros altos como montañas crecían, diáfanos: a través de su espesor se transparentaba la sombra del que estaba del otro lado. "¡Vug, eres tú!" Para alcanzarla me aventuraba entre paredes lisas como espejos; retrocedía resbalando; me aferraba a las aristas, hiriéndome; corría a lo largo de perímetros engañosos y en cada recodo había una luz distinta -irradiante, lechosa, opaca- que la montaña contenía.

- ¿Dónde estás?

- ¡En el bosque!

Los cristales de plata eran árboles filiformes, con ramificaciones en ángulo recto. Esqueléticas frondas de estaño y plomo espesaban la floresta con su vegetación geométrica.

Por allí corría Vug.

- ¡Qwfwq! Por allí es diferente! -gritó-. ¡Oro, verde, azul!

Un valle de berilio se abría al aire, circundado de crestas de todos los colores del aguamarina al esmeralda. Detrás de mí estaba Vug dividida entre felicidad y temo felicidad viendo cómo cada sustancia que componía el mundo encontraba su forma definitiva y sólida, y el temor todavía indeterminado de que este triunfo del orden en formas tan variadas pudiera reproducir en otra escala el desorden que acabábamos de dejar a nuestras espaldas. Un cristal total, soñaba yo, un topacio-mundo que no dejara nada fuera: estaba impaciente por que nuestra Tierra se separase de la rueda de gas y polvo en la que giran todos los cuerpos celestes, por que fuese la primera en huir de la dispersión inútil que es el universo.

Si uno quiere, claro está, puede empeñarse en encontrar un orden en las estrellas, en las galaxias, un orden en las ventanas iluminadas de los rascacielos vacíos donde el personal de limpieza, entre las nueve y la medianoche, encera las oficinas. Justificar, el gran trabajo es ése, justificad si no queréis que todo se deshaga. Esta noche cenamos fuera de casa, en un restaurante en la terraza de un piso de veinticuatro. Es una cena de negocios; somos seis; están también Dorothy y la mujer de Dick Bemberg. Como ostras, miro una estrella que se llama (si es ésa) Betelgeuse. Conversamos: nosotros, de producción; las señoras, de consumo. Por lo demás, ver el firmamento es difícil: las luces de Manhattan se dilatan en un halo que se empasta en la luminosidad del cielo.

La maravilla de los cristales es el retículo de los átomos que se repite de continuo: esto era lo que Vug no quería entender. Lo que a ella le gustaba -lo comprendí en seguida- era descubrir en los cristales diferencias aunque fuesen mínimas, irregularidades, imperfecciones.

-¿Pero qué puede importar un átomo fuera de lugar, una exfoliación un poco torcida -decía yo- en un sólido destinado a agrandarse infinitamente según un esquema regular? Al cristal único es a lo que tendemos, al cristal gigante...

- A mí me gustan cuando hay muchos pequeños -decía. Para contradecirme, es cierto; pero también porque era verdad que los cristales brotaban a miles al mismo tiempo y se compenetraban unos con otros, deteniendo su crecimiento allí donde se ponían en contacto, y nunca llegaban a apropiarse por completo de la roca líquida de la que tomaban forma: el

mundo no tendía a componerse en una figura cada vez más simple sino que se agrumaba en una masa vidriosa de la cual parecía que prismas y octaedros y cubos estuvieran luchando por liberarse y atraer hacia sí toda la materia...

Estalló un cráter: soltó una cascada de diamantes.

-¡Mira! ¡Qué grandes! -exclamó Vug.

En todas partes había erupciones de volcanes: un continente de diamante refractaba la luz del sol en un mosaico de escamas de arco iris.

-¿No habías dicho que cuanto más pequeños más te gustaban? -le recordé.

-¡No! ¡Aquéllos! ¡Enormes! ¡Los quiero! -y se abalanzó.

-¡Los hay mucho más grandes! -dije, señalando a lo alto. El centelleo me cegaba: yo veía ya una montaña-diamante, una cadena facetada e iridiscente, una gema-altiplano, un Himalaya-Kohinor.

-¿Para qué me sirven? ¡A mí me gustan los que se pueden tener! ¡Los quiero! -y ya había en Vug la pasión de poseer.

- Será el diamante el que te tendrá: ¡él es el más fuerte! -dije.

Me equivocaba, como de costumbre: el diamante fue conseguido, no por nosotros. Cuando paso delante de Tiffany's me detengo a mirar los escaparates, contemplo los diamantes prisioneros, astillas de nuestro reino perdido. Yacen en ataúdes de terciopelo, encadenados en plata y platino; con la imaginación y la memoria los agiganto, les devuelvo las dimensiones de roca, de jardín, de lago, imagino la sombra azulada de Vug reflejada en ellos. No la imagino: es la misma Vug la que ahora avanza entre los diamantes. Me vuelvo: es la muchacha que detrás de mí mira el escaparate, bajo el pelo oblicuo.

¡Vug! -digo-. Nuestros diamantes!

Se echa a reír.

-¿Eres tú de veras? -pregunto-. ¿Tu nombre? Me da su teléfono.

Estamos entre losas de vidrio: yo vivo en el pseudo orden, quisiera decirle, tengo una oficina en East-Side, mi casa está en New Jersey, este weekend Drothy ha invitado a los Bemberg, contra el pseudo orden nada puede ser el pseudo desorden, se necesitaría el diamante, no que lo tuviéramos nosotros sino que el diamante nos tuviera, el diamante libre donde andábamos Vug y yo...

- Te llamaré -le digo, y es sólo por el deseo de volver a reñir con ella, con Vug.

En un cristal de aluminio, allí donde el azar dispersa átomos de cromo, la transparencia se colorea de un rojo profundo: así florecían bajo nuestros pasos los rubíes.

-¿Has visto? -decía Vug-. "No son preciosos? No podíamos recorrer un valle de rubíes sin que se reanudaran las disputas.

- Sí -decía yo-, porque la regularidad del hexágono...

-¡Uf! -decía ella-. ¡A ver si habría rubíes sin la intrusión de átomos extraños!

Yo me enfadaba. Más precioso o menos precioso, podíamos discutir infinitamente. Pero el solo hecho seguro era que la Tierra iba coincidiendo con las preferencias de Vug. El mundo de Vug era el de las fisuras, las grietas donde la lava sube disolviendo la roca y mezclando los minerales en concreciones imprevisibles. Al verla acariciar las paredes de granito, yo lamentaba lo mucho que se había perdido, en aquella

roca, de la exactitud de los feldespatos, de las micas, de los cuarzos. Vug sólo parecía complacerse en lo menudamente abigarrada que se presentaba la faz del mundo. ¿Cómo entendernos? Para mí únicamente valía lo que era acrecentamiento homogéneo, inseparabilidad, quietud alcanzada; para ella, lo que era separación y mezcla, una cosa o la otra, o las dos juntas. También nosotros dos debíamos adquirir un aspecto (todavía no poseíamos ni forma ni futuro): yo imaginaba una lenta expansión uniforme, a ejemplo de los cristales, hasta el punto en que el cristal -yo se compenetrase y fundiese con el cristal-ella y juntos llegaríamos quizás a ser una sola cosa con el cristal-mundo; ella parecía saber ya que la ley de la materia viviente sería separarse y volver a unirse al infinito. ¿Era Vug, por tanto, quién tenía razón?

Es lunes: la llamo por teléfono. Ya es casi verano. Pasamos un día juntos en Staten Island, en la playa. Vug mira deslizarse los granitos de arena entre los dedos.

- Tantos cristales minúsculos... -dice.

El mundo desmenuzado que nos circunda sigue siendo para ella el de entonces, el que esperábamos que naciera del mundo incandescente. Es verdad, los cristales dan todavía su forma al mundo, despedazándose, reduciéndose a fragmentos casi imperceptibles arrollados por las olas, con incrustaciones de todos los elementos disueltos en el mar que los amasija en rocas abruptas, en escolleras de arenisca cien veces disueltas y rehechas, en esquistos, pizarras, mármoles de glabra blancura, simulacros de lo que hubieran podido y no podrán ser nunca más.

Y me vuelve la obstinación de cuando empezó a resultar evidente que la partida estaba perdida, que la corteza de la Tierra se iba convirtiendo en un cúmulo de formas dispares, y yo no quería resignarme, y a cada discontinuidad del pórvido que Vug, contenta, me señalaba, a cada vidriosidad que afloraba del basalto, quería convencerme de que ésas eran sólo irregularidades aparentes, que formaban parte todas de una estructura regular mucho más vasta, en la cual a cada asimetría que creíamos observar respondía en realidad una red de simetrías tan complicada que no podíamos explicarla y trataba de calcular cuántos miles de millones de lados y de ángulos diedros tendría ese cristal laberíntico, ese hiper cristal -que comprendía en sí cristales y no cristales.

Vug ha traído a la playa una pequeña radio de transistores.-

Todo viene del cristal -digo-, incluso la música que escuchamos-. Pero sé que el cristal del transistor tiene lagunas, está contaminado, atravesado de impurezas, de desgarrones en la malla de los átomos.

Ella dice: ¿Qué obsesión la tuya". Y nuestra vieja discusión continúa: quiere hacerme admitir que el orden verdadero es el que lleva dentro de sí la impureza, la destrucción.

El barco amarra en el Battery, es de noche, del retículo iluminado de los prismas-rascacielos sólo miro ahora las demalladuras sombrías, las brechas. Acompaño a Vug a su casa; subo. Vive en Downtown, tiene un estudio de fotógrafa. Mirando a mi alrededor no veo más que perturbaciones en el orden de los átomos: los tubos fosforescentes, el vídeo, el espesarse de mínimos cristales de plata en las placas fotográficas. Abro la nevera, saco el hielo para el whisky. Del transistor sale un sonido de saxofón. El cristal que ha conseguido se el munco, hacer que el mundo sea

transparente para sí mismo, refractarlo en infinitas imágenes espectrales, no es el mío: es un cristal corroído, manchado, mezclado. La victoria de los cristales (y de Vug) fue lo mismo que su derrota (y la mía). Espero a que termine el disco de Thelonius Monk y se lo digo.